

DC276

I 33

v.3

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



ACERVO GENERAL

128345

## LA CORTE DEL SEGUNDO IMPERIO

I

### VIAJES IMPERIALES

En el tomo anterior hemos dejado á Napoleón III y á la emperatriz en el palacio de Saint-Cloud. Echemos ahora una ojeada sobre lo que podríamos llamar vacaciones imperiales durante este año 1856, que tal vez fué para el monarca el año más feliz de una carrera tan turbada y agitada. Satisfecho de la situación exterior é interior, gozando en paz de su prodigioso destino, hizo por su imperio muchos viajes no oficiales en los que disfrutaba á la vez de los placeres de la existencia imperial y los de la vida privada.

*1.º de julio de 1856.* — El emperador parte de Saint-Cloud para ir á tomar las aguas de Plombières. Le acompañan el general Espinasse, su ayudante de campo, el general Fleury, su caballerizo mayor, el príncipe de la Tour d'Auvergne, sus oficiales de órdenes, M. Mocquard su secretario y el jefe de su gabinete. Llega á Nancy á las once de la noche, y aunque no se le recibe oficialmente, la población se aglomera por todas partes á su paso. Todas las casas ostentan colgaduras y se han levantado espontáneamente arcos de triunfo.

*2 de julio.* — Napoleón III llega á Plombières. Los habitantes y los bañistas respetan el descanso que ha ido á buscar y la voluntad que ha expresado de que nadie le siga en sus paseos. Pero el domingo 6 de julio, cuando va á misa, la gente, que ha acudido de todas las cercanías, se agolpa á su paso y le saluda con calurosas aclamaciones. El obispo de Saint-Dié, llegado para visitarle, le recibe á la puerta de la iglesia y le dirige una alocución. Por la noche la población está de fiesta, pues al emperador se le ha ocurrido mandar levantar en un paseo una gran tienda de campaña para que los habitantes y los soldados bailen en ella los domingos.

*18 de julio.* — Napoleón III hace una excursión á doce leguas de Plombières, al Ballón de Alsacia, desde donde se descubre un magnífico panorama. Llegado á las seis de la tarde, regresa al hacerse de noche. En las aldeas, en los

caseríos, en cualquier casa aislada, los habitantes sacan antorchas ó linternas para alumbrarle á su paso. En Remiremont la iluminación es completa. No hay casa que no tenga una inscripción en la cual se lee: «¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz! ¡Viva el príncipe imperial!»

El emperador parte de Plombières el 8 de agosto, y duerme en Luneville. El 9 tiene la satisfacción de reunirse en Saint-Cloud con su esposa y su hijo, de los que no se había separado desde el nacimiento del príncipe imperial.

19 de agosto. — El emperador, la emperatriz y el príncipe imperial marchan á Biarritz á las seis de la tarde. Su comitiva se compone del general conde Edgardo Ney, ayudante de campo; del marqués de Cadore, oficial de órdenes; del marqués de La Grange, caballero; del conde Tascher de La Pagerie, intendente de la emperatriz; de la condesa de Labedoyère y de Mme. de Lourmel, damas de palacio, y de Mme. Bizot, sub-aya del príncipe imperial.

Llegada á Biarritz el 20 de agosto por la mañana.

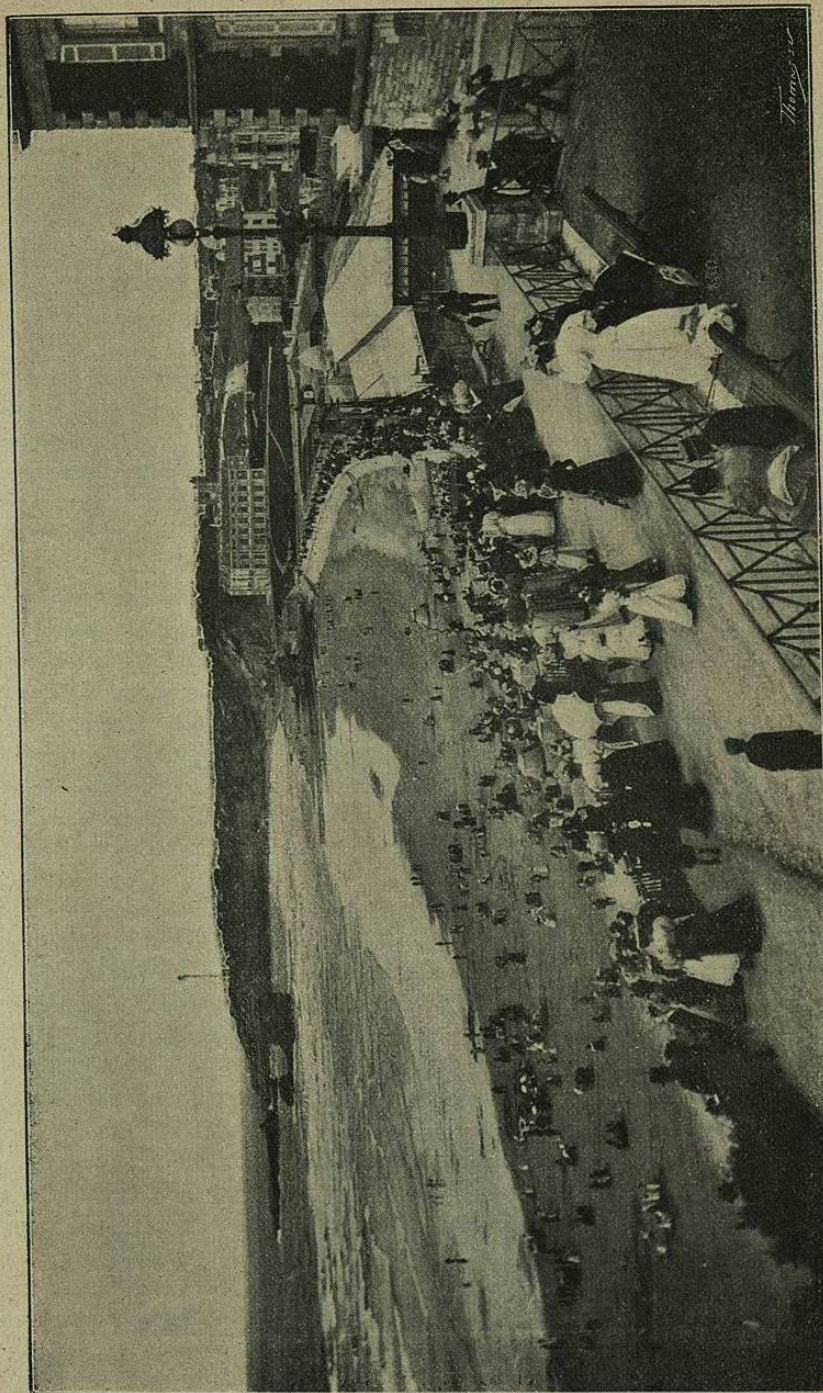
Los baños de mar sientan muy bien á la emperatriz. El emperador se ocupa de los intereses de la localidad y de las cercanías. Habla largamente con el general Serrano, nombrado recientemente embajador de España en Francia, del enlace del ferrocarril francés con los ferrocarriles españoles. El cardenal arzobispo de París y el mariscal Bosquet acuden á visitar al monarca.

8 de septiembre. — El emperador recibe al ayuntamiento de la villa de Anglet, que le da las gracias por haber tenido á bien encargarse de los gastos de sembrado de las dunas, y á una comisión de la Diputación provincial del departamento de las Landas, que lleva el encargo de exponerle las necesidades y los deseos de esta parte de Francia. El 8 de septiembre es el aniversario de la toma de Sebastopol. El emperador quiere que el destacamento del 35.º de línea, que ha hecho la campaña de Crimea, celebre este aniversario y hace que sirvan en sus barracas una comida á los sargentos y soldados. El soberano y la emperatriz, llevando en brazos á su hijo, se presentan un momento entre ellos. Los oficiales comen con SS. MM.

10 de septiembre. — Los emperadores hacen una excursión por mar á bordo del *Newton*, y primeramente visitan el puerto de Pasajes, luego pasan á San Sebastián, donde las autoridades españolas y la población los acogen con las demostraciones más simpáticas. Acompañados por las autoridades, van á pie á la catedral, donde los recibe el clero, á la Casa consistorial y al castillo situado en una montaña muy escarpada.

12 de septiembre. — El príncipe Adalberto de Baviera, así como su joven y bella esposa, la infanta Amelia, van á comer con SS. MM. en Biarritz. Al día siguiente los príncipes marchan, muy agradecidos por la acogida que se les ha hecho.

13 de septiembre. — El general Serrano presenta al emperador y á la emperatriz á la Diputación de Vizcaya llegada para poner en su conocimiento la resolución unánime de la junta, que reconoce al príncipe imperial el derecho de go-



VISTA PANORÁMICA DE BIARRITZ

zar de los títulos y prerrogativas anejos á la calidad de señor y ciudadano de Vizcaya. Napoleón III responde poco más ó menos en estos términos: «Agradezco mucho que la reina de España haya permitido que la Diputación me fuera presentada, y me complace en extremo esa prueba de simpatía de la provincia de Vizcaya á la emperatriz y á mi hijo. Semejantes demostraciones no pueden menos de estrechar los vínculos que unen á los dos países. Me lisonjea el pensar que el príncipe imperial tiene sangre española en las venas, porque siempre he tenido por ese pueblo caballeresco y guerrero tanta estimación como afecto.»

18 de septiembre. — El emperador y la emperatriz van á visitar las ruinas del castillo de Bidache, situado á once leguas de Biarritz y perteneciente al duque de Gramont, ministro de Francia en Turín: expresan el interés que les inspiran los bellos vestigios de esta morada histórica, y como regresan ya de noche, los pueblos por los que SS. MM. pasan están iluminados.

29 de septiembre. — El emperador pasa revista en Bayona á los regimientos 35 y 46 de línea que vuelven de Crimea.

30 de septiembre. — Salida de Biarritz. La población en masa acude á la estación del ferrocarril para expresar con sus calurosas demostraciones su pesar por ver partir á SS. MM. Llegada á Burdeos á las cuatro de la tarde.

1.º de octubre. — En Burdeos la recepción es oficial; misa solemne en la catedral; gran revista pasada por el emperador y la cual presencia la emperatriz en carruaje descubierto; por la noche, brillantes iluminaciones, arco de triunfo monumental resplandeciente de luz, función de gala en el Gran Teatro.

2 de octubre. — Por la mañana salida de Burdeos entre clamorosas aclamaciones; entusiasmo en todas las estaciones entre Burdeos y París; por la noche llegada al palacio de Saint-Cloud.

19 de octubre. — Partida de SS. MM. y del príncipe imperial para Compiègne. Llegada á las cinco de la tarde. La población de la ciudad y de los alrededores atestigua el júbilo que experimenta al volverlos á ver. En 1854 y 1855 las preocupaciones de la guerra han impedido al emperador y la emperatriz ir á Compiègne, donde se complacen en reunir durante algunas semanas las notabilidades francesas y extranjeras.

Los invitados de las series de 1856 son el rey Jerónimo, el príncipe Napoleón, la princesa Matilde, el nuncio del Papa; los embajadores de Inglaterra, Austria, Turquía y España; los ministros de Prusia, Cerdeña y Suecia; el presidente del Senado, el del Consejo de Estado, los ministros, los mariscales Magnán, Baraguey d'Hilliers, duque de Malakoff, Canrobert y Bosquet; los generales Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, Camou, Forey, Morris, de Mac-Mahón, Urich, Corte, de Bourgón, Mellinet, de Ladmirault, el duque de Bauffremont, el príncipe Poniatowski, el de Beauván, el conde de Caumont-Laforce, el marqués de Caulaincourt, el conde Federico de Lagrange, el barón Hallez-Claparède, el conde de Wendel, el barón James de Rothschild, MM. Alfredo

de Vigny, Auber, Meyerbeer, Verdi, Horacio Vernet, Eugenio Isabey, el marqués de Hertford, el duque de Osuna, el conde Sclafoni, el príncipe de Croy, lady Cowley, la generala Serrano, la marquesa de Villamarina, Mlle. de Hubner, la condesa de Hatzfeldt, la condesa Valewska, la mariscala Magnán y su hija Luisa, las señoras Magne, Rouher, Troplong, Baroche, la princesa de Beauván, la almiranta Bruat, la duquesa de Istria, la marquesa de Contades, la duquesa de Lesparre, la marquesa de Caulaincourt, la princesa Poniatowska, la baronesa Hallez-Claparède y la condesa de Wendel.

En las series de Compiègne no se habla de política, y parece ser la consigna abstenerse de tratar de todo asunto serio. Todas las semanas se celebra consejo de ministros, pero no se trasluce nada de sus deliberaciones. El emperador se presenta, no cual soberano, sino más bien como un castellano, haciendo á sus invitados los honores de su residencia y de sus cacerías. Creeríase estar en uno de esos castillos de Inglaterra donde se encuentra una hospitalidad tan cordial, tan fácil y agradable.

Desde el 21 de octubre hasta el 5 de noviembre los emperadores obsequiaron á sus convidados con cacerías, banquetes, bailes, funciones teatrales y otras diversiones. En la última de dichas fechas, Napoleón III, la emperatriz y el príncipe imperial salen de Compiègne y regresan á Saint-Cloud. El veraneo, que ha durado tres semanas, ha sido de los más agradables. ¡Ah! ¿Por qué el emperador, en vez de continuar disfrutando en paz de semejantes pasatiempos, se lanzará en breve en pos de temerarias aventuras, que después de tener buen éxito al principio, acabarán por cambiar los días de ventura en días de angustias y catástrofes?

## EL PRÍNCIPE DE PRUSIA

Marcó el fin del año 1856 en las Tullerías una visita á la que Napoleón III daba mucha importancia, la del príncipe Federico Guillermo de Prusia, futuro emperador de Alemania. Este príncipe frisaba en los sesenta años, y había conservado gran vigor de cuerpo y de espíritu. Nacido el 22 de marzo de 1797, era hijo del rey Federico Guillermo III y hermano y heredero del rey Federico Guillermo IV, que no tenía hijos y estaba bastante enfermizo. El príncipe de Prusia se ocupaba ya mucho de política, y Napoleón III creía que algún día tendría en él un colaborador precioso para sus proyectos sobre Italia. Mas ¡ay!, el príncipe estaba llamado á desempeñar un papel mucho más importante que aquel á que el emperador le suponía reservado. Adolescente, había invadido la Francia; anciano, debía invadirla de nuevo. Recordaba que cuando apenas tenía quince años había estado en el palacio de la Malmaison con su padre Federico Guillermo III, con su hermano el futuro Federico Guillermo IV y con el gran duque Nicolás de Rusia, el futuro emperador Nicolás I. A los tres había subyugado el encanto de la conversación de la emperatriz Josefina y de la reina Hortensia. Esta última había cantado algunas romanzas compuestas por ella, lanzando miradas simpáticas al apuesto gran duque Nicolás. Así lo refería algún tiempo antes de su muerte el emperador Guillermo á uno de sus ayudantes que me ha transmitido la conversación. En 1856 podía contar á Napoleón III los recuerdos de la Malmaison, pero se guardaba bien de evocar los de su madre, la reina Luisa, á quien el vencedor de Jena, el conquistador de Berlín, había herido en el corazón y á la que los prusianos querían vengar.

Y cosa digna de observar, de todos los príncipes que fueron á Francia durante el segundo Imperio, el que tuvo mejor acogida en las Tullerías fué quizás el futuro vencedor de Sedán. Nadie se mostró más solícito con el emperador ni más galante con la emperatriz, de la cual se decía respetuoso y entusiasta admirador. Sus modales á la vez regios y militares, su aspecto bonachón, su conversación sencilla y familiar, le aseguraron una acogida cortés y cordial.

El 11 de diciembre de 1856, Federico Guillermo, príncipe de Prusia, llegaba á París procedente de Oxborne (isla de Wight), acompañado del general barón de Schreekenstein, comandante en jefe del 7.º cuerpo de ejército prusiano, y de un oficial destinado á adquirir gran celebridad, el general de Moltke. El



EL PRÍNCIPE FEDERICO GUILLERMO DE PRUSIA

coronel marqués de Toulangeón, oficial de órdenes del emperador, y el conde de Riencourt, caballerizo, habían ido al puerto de Calais á recibir al príncipe. El príncipe Napoleón le recibió en la estación del Norte, en la que estaban formados un batallón de la guardia y otro de línea. Cuatro carruajes de la corte, escoltados por un escuadrón de guías, aguardaban al príncipe prusiano y le condujeron con su comitiva al palacio de las Tullerías, donde el gran chambelán y el gran maestro de ceremonias le recibieron al pie de la escalera principal, y el emperador, rodeado de sus oficiales de servicio, en lo alto de aquélla. El soberano le presentó en seguida á la emperatriz que le aguardaba en el salón blanco, con los oficiales y damas de su cuarto, y le llevó á las habitaciones que le estaban reservadas en el pabellón de Marsán. Por la noche, el príncipe comió con las personas de su comitiva y todos los individuos de la legación de Prusia en la mesa de SS. MM.

El 13 de diciembre, á la una de la tarde, el emperador pasó revista en el patio de palacio á nueve regimientos de línea y tres batallones de cazadores, todos los cuales habían hecho la campaña de Crimea. Las tropas estaban mandadas por el mariscal Magnán. Napoleón III, escoltado por los mariscales Vaillant, Baraguey d'Hilliers, Pelissier, Canrobert, y Bosquet, tenía á su lado al príncipe de Prusia. Un piquete de los cien guardias y otro de guías formaban la escolta del emperador. La emperatriz, rodeada de los oficiales y las damas de su cuarto, estaban en el balcón de la sala de los Mariscales. Después de pasar por el frente de las tropas, el emperador se situó delante del pabellón del Reloj y mandó reunir las banderas de los regimientos de línea y de los batallones de cazadores; luego, en presencia de estas gloriosas insignias desgarradas por las granadas y por las balas, distribuyó por su propia mano cruces y medallas militares. Durante la revista, el príncipe imperial, saliendo del palacio de las Tullerías, pasó entre la línea de soldados que le saludaron con sus aclamaciones. ¿Se habría podido sospechar entonces que aquel en cuyo honor se celebraba tan hermosa revista sería tan fatal al padre y al hijo?

El 15 de diciembre, el emperador y el príncipe de Prusia marcharon por la mañana á Fontainebleau, en cuyo palacio debían pasar dos días. Por la noche la ciudad estaba iluminada. El 16, el emperador pasó con el príncipe una revista á los dragones y lanceros de la guardia. La emperatriz llegó á las once de la mañana. Hubo una cacería en el bosque, y á las seis de la tarde SS. MM. regresaron á París con el príncipe de Prusia.

17 de diciembre. — Revista de toda la guardia imperial en el patio de las Tullerías y en la plaza del Carrousel. El emperador, llevando la gran cruz del Águila negra, tenía á su lado al príncipe de Prusia. Le acompañaban los mariscales Magnán, de Castellane, Baraguey d'Hilliers, Pelissier, Canrobert y Bosquet, los generales prusianos de la comitiva del príncipe, el marqués de Villamarina, ministro de Cerdeña y un numeroso estado mayor. Recorrió las líneas al paso, dejando el lado de las tropas al príncipe de Prusia y hablando con él frecuente-

mente. Luego fué á colocarse delante del pabellón del Reloj. Entonces mandó llamar al coronel del 3.º de granaderos de la guardia, y le entregó el águila de este regimiento recién formado. El coronel pronunció algunas palabras entusiastas y fué á llevar la bandera á sus granaderos. El desfile comenzó en seguida con perfecto orden. A pesar del frío, la emperatriz estaba en el balcón de la sala de los Mariscales, viéndose entre las damas que la rodeaban á lady Cowley, embajadora de Inglaterra, y á la condesa de Hatzfeldt, hija del mariscal de Castellane y esposa del ministro de Prusia en París.

Por la noche, los condes de Hatzfeldt daban en el palacio de la legación un gran banquete en honor del príncipe.

18 de diciembre. — Baile de quinientas personas en las Tullerías. SS. MM. hicieron su entrada á las diez con el príncipe de Prusia y permanecieron hasta las tres de la mañana. Dióse el baile en la sala de los Mariscales. Los hombres iban de frac con calzón corto y medias de seda. El emperador y la emperatriz bailaron con mucha animación el cotillón, que duró más de una hora.

19 de diciembre. — El príncipe de Prusia visitó la escuela de Saint-Cyr. Recibido en la puerta de honor por el general de Monet y por todo el Estado mayor de la escuela, expresó el deseo de que nadie desatendiera por él sus habituales ocupaciones. Dos grupos de jinetes, compuestos de alumnos del segundo año, ejecutaban en el campo de maniobras todos los movimientos de la escuela de pelotón. Un poco antes de salir de Saint-Cyr, el príncipe pasó por el frente de los alumnos reunidos con armas y bagajes; luego éstos ejecutaron el manejo de las armas, las cargas y el fuego. S. A. R. manifestó al general comandante toda su satisfacción, y por la noche fué á la Opera, donde se daba el baile *El Corsario*.

20 de diciembre. — El príncipe comió con los emperadores y luego fué con ellos á la Comedia francesa. Apenas entró la condesa de Hatzfeldt en el palco que se le había enviado, el emperador y la emperatriz la hicieron pasar al suyo. El príncipe estaba encantado de la cordial acogida que Napoleón III y su corte dispensaban, no sólo á él, sino á las personas de su comitiva y á la legación de Prusia. En aquella época, ningún gobierno mantenía mejores relaciones con el emperador que el gobierno prusiano.

21 de diciembre. — El príncipe debía marchar de París á las once de la noche. Antes de partir comió con los emperadores, que convidaron á los condes de Hatzfeldt á esta comida. La condesa escribía á su padre: «Otra vez nos han convidado á comer en las Tullerías, donde nos han hecho permanecer hasta el momento en que el príncipe ha salido para tomar el tren. Ya ha marchado de París y creo que estaba muy contento de lo que ha visto; aquí también han quedado muy contentos de él. Los hombres y mi marido han partido, y el emperador, después de hablar largo tiempo con la emperatriz, ha venido á decir que se colocara una mesa para celebrar una rifa. Había lotes magníficos y á mí me ha tocado, y no por suerte seguramente, un precioso brazalete de oro con

la palabra *Recuerdo* en diamantes. Ha sido un modo muy delicado de hacerme un regalo. Es imposible estar más amable de lo que en esta ocasión lo han estado ambos para nosotros.»

Dispuesto muy favorablemente para con el príncipe, á quien creía poder hacer entrar en sus proyectos de arreglo del mapa europeo, Napoleón III apreciaba mucho á la condesa de Hatzfeldt, cuyo principal objetivo fué una inteligencia sincera entre sus dos patrias. ¿Quién sabe? Si la digna hija del mariscal de Castellane hubiera sido embajadora de Prusia en París en 1870, tal vez no habría estallado la guerra franco-alemana.

## III

LOS COMIENZOS DE 1857



MONTERREY, N. L.

El año 1857 empezó en medio de una paz interior y exterior que al parecer nada debía perturbar. En la noche del 2 de enero hubo en el palacio de las Tullerías una recepción de señoras.

El 3 de enero el emperador debía ir al teatro de la Gaieté, donde se representaba un melodrama en boga, *La falsa adúltera*; pero se lo impidió una catástrofe tan terrible como inesperada, el asesinato del arzobispo de París, monseñor Sibour. El prelado había ido aquel día á la iglesia de San Esteban del Monte, donde se celebraba una novena en honor de Santa Genoveva. Acababa de dar la vuelta al santuario, bendiciendo á los fieles arrodillados á su paso, cuando un hombre, saliendo de entre el gentío, se acercó á él y le dió una cuchillada. El arzobispo, trasladado á la sacristía, exhaló en seguida el postrer suspiro. El asesino no intentó escapar, sino que, blandiendo su cuchillo, gritaba: «¡Abajo las diosas!» Se le creyó loco; no se sabía que, adversario del dogma de la Inmaculada Concepción, aludía con aquellas palabras á la Virgen y á su madre. Tenía treinta años, se llamaba Verger, y era un cura á quien se habían retirado las licencias, que creía tener quejas del clero y deseaba vengarse. Aunque el obispo de Meaux le había escrito recientemente: «Creemos que necesitáis estar cuidado en una casa de salud,» los médicos, después de examinarlo, le declararon responsable, y en la noche del 29 de enero fué guillotinado en la plaza de la Roquette á la luz de las antorchas y en presencia de una muchedumbre inmensa.

El asesinato del arzobispo podía parecer á las personas supersticiosas un funesto presagio para el año que empezaba y para la estabilidad de la dinastía. Monseñor Sibour fué el que entonó el *Te Deum* cuando el restablecimiento del Imperio, y el que recibió al emperador y la emperatriz á la puerta de Nuestra Señora el día de su boda y el del bautizo de su hijo. Se suspendió el baile que debía verificarse en las Tullerías el 8 de enero, y el 10 se celebraron las exequias del arzobispo con gran pompa en la iglesia metropolitana. Pero no tardó en disiparse aquella penosa impresión, y á los cuatro días la corte y la ciudad recobraban toda su animación.

El 14 de enero el príncipe Napoleón reunía en el Palacio Real á todos los oficiales generales presentes en París que habían tomado parte en la guerra de